

Desafíos para el narrador del siglo XXI **LA LITERATURA EN LA ERA DIGITAL**

Las nuevas tecnologías se han instalado en la cultura, pero especialmente en la literatura de modo irreversible; procesadores de texto que sustituyen a la máquina de escribir, procedimientos de edición, compaginación y diseño o sistemas de difusión y transmisión de información: el gobierno de la microelectrónica. El impacto que las mismas han tenido sobre la cultura ha provocado múltiples reacciones: desde alertas sobre el riesgo de entrar en el posthumanismo hasta la simple indiferencia, toda una gama de augurios teñidos de fuerte polémica. Mientras tanto, los nuevos recursos tecnológicos -casi en forma independiente del debate colectivo- siguen avanzando, a tal paso que el asombro no conoce de límites.

Frente a este sobresalto permanente de los cambios tecnológicos, la primera impresión es que muchos van quedando por el camino. Por un lado, las víctimas directas; víctimas de la sustitución del proceso de producción por sistemas computarizados. Por otro, las víctimas indirectas, aquellos que para acceder a los puestos de privilegio (sea de gestión o de información) se les exige un capital en infraestructura y en conocimiento, marcado por la dificultad, la perentoriedad y el elevado costo de estar actualizado. La intervención del Estado es reclamado como el mediador imprescindible. En la primera de las consecuencias del avance tecnológico, la razón de la intervención política tiene que ser más humana que instrumental (si la humanidad crece, debe ser en/con/para todos). Con respecto a la otra, relacionada con un alto riesgo de elitización, el Estado debe bregar porque el acceso al conocimiento sea democrático.

De todos modos, el lado oscuro de la tecnología, no impedirá su desarrollo por lo que, reflexionar sobre la literatura y su relación con las nuevas tecnologías de edición, difusión y también, por qué no, de producción, es un imperativo de los tiempos que corren.

LITERATURA E INFORMÁTICA

La literatura, pero sobre todo los estudios literarios han encontrado un auxiliar muy eficaz en la informática y sus productos; espacio de almacenamiento de datos, velocidad de proceso, novedosos mecanismos de búsqueda y asociación hacen del documento electrónico un producto más eficiente que el libro impreso. La creación de bases de datos en medios informáticos (computador personal, CD-ROM¹, servidores de red, Internet y su vedette la World Wide Web) y la asistencia de software "inteligente" para su manipulación, van convirtiendo a las enciclopedias, los manuales y los diccionarios impresos en artículos obsoletos.

Distinta suerte ha corrido el espacio creativo de la literatura, la producción, la escritura propiamente dicha. Las manifestaciones literarias que han escogido para su expresión las nuevas tecnologías (CD-ROM, páginas web), aun son experimentales y el potencial de esa poderosa herramienta que es el hipertexto, sumado a la posibilidad de la interactividad aguardan un desarrollo acorde con sus prestaciones.

Aunque se espera que el impacto de la informática sobre la literatura sea mayor, es indudable que ya ha sufrido algunos cambios. Desde lo básico, el uso del procesador

de textos, hasta la edición en formato electrónico, el escritor puede prescindir efectivamente de la intermediación del papel y sus manipuladores para difundir su obra. La edición electrónica puede ser estática o dinámica. La edición electrónica estática es comparada con el formato de libro impreso, aunque incluya aspectos diferentes (fundamentalmente, música e imágenes), es el caso del CD-ROM; la imposibilidad de alterar lo grabado lo convierte en un producto final, acabado. La edición dinámica, (en el Web, por ejemplo), permite al autor (y permitiría al lector) modificar permanentemente el texto. Esta posibilidad de edición, genera grandes desafíos y exige repensar los conceptos de obra y de autor y hasta el concepto mismo de lector, así como también, las nociones de cita y de plagio -aspectos que exceden el espacio de esta nota, dedicada a la forma en que la creación literaria es o será afectada a partir de esas herramientas que son el hipertexto y la interactividad.

Hay quienes sostienen que la literatura está herida de muerte por la cultura de la imagen. Y si la televisión tiene mucho que ver en ello, la cibercultura (la cultura de los ordenadores) dará la estocada final a la creación literaria. Estas afirmaciones surgen de la polarización habitual del discurso frente a los cambios (recuérdese las polémicas sobre la sustitución de un medio por otro en la secuencia: prensa escrita/ radio/ televisión, etc.), pero surgen con más fuerza por el auge de las nuevas tecnologías que crearon las categorías de tecnófilos y tecnófobos. Pero, es evidente que el frenesí del debate no permite distinguir la virtud de cada uno de los modelos y la posibilidad de complementarse. La banalidad de que se acusa a la televisión, por ejemplo, es una generalización impropia, pues la cultura escrita también produce materiales de desecho. Por último, el espacio para la reflexión sobre informática y literatura, más que su complementación con los medios gráfico y sonoro, es la de la repercusión que sobre ella producen las herramientas de vinculación: de textos y de actores (autor y lector) en el acto de comunicación.

HIPERTEXTO e INTERACTIVIDAD

El hipertexto es un mecanismo de vinculación de la información, que algunos prefieren llamar hipermedia pues manipula información que se materializa por diferentes vías (texto, sonido, gráficos). Esta herramienta exige una sintaxis diferente basada en la posibilidad de crear dimensiones múltiples para vincular la información. La multilinealidad que define al hipertexto electrónico, lo distingue del tradicional soporte de papel que exhibe el texto en forma secuencial y unilineal, si bien, este último mecanismo de edición habilita la vinculación de información como notas al pie de página, referencias bibliográficas, figuras, etc. Los apólogos del hipertexto señalan una gran variedad de virtudes, que podrían -por ahora- reducirse a una: la velocidad del proceso.

El otro concepto descotado de los nuevos medios de edición, es el de interactividad. Esta define la relación entre emisor y receptor del mensaje. Mientras que los medios de comunicación tradicionales son unidireccionales, las nuevas tecnologías habilitan a una comunicación más fluida entre los actores del acto de comunicación.

La interactividad se convertirá en el elemento determinante de la nueva modalidad de comunicación en la que los emisores se confundirán con los receptores, cuando éstos acepten el papel activo que supone la intervención en el texto dado.

Aplicar este esquema de comunicación a la literatura genera resistencias, pues invalida o por lo menos minimiza el concepto de autoridad que respalda(ba) la figura del autor. El autor y el lector se confunden en un ente que reelabora la propuesta inicial, modificando el contenido original y entregando a los nuevos lectores otra versión.

La intervención decisiva del lector en la producción del texto –siempre provisorio– obligará a los escritores a modificar su praxis narrativa, generando espacios atractivos para que el lector no abandone la lectura. Estos espacios de la nueva sintaxis constituyen el desafío de una nueva forma de hacer literatura.

El reto para el escritor en la era digital, también está vinculado –hoy más que nunca– con formas de atrapar al lector que hace zapping. La cultura del *zapping*, exacerbada por los enlaces (links) del World Wide Web, ha sido calificada de cultura superficial. Pero, habría que preguntarse que grado de responsabilidad tiene la calidad del producto en la deserción del lector. Por otra parte, si la herramienta del hipertexto, es la materialización del *zapping*, pensar con esa lógica obligará al escritor a rediseñar la arquitectura de su narrativa.

NUEVAS REGLAS PARA UN VIEJO CONTRATO

Toda lectura supone un acto de fe por parte del lector/espectador, un mecanismo de aceptación de presupuestos que permiten crear la ilusión de verdad, un contrato. En el relato de ficción, el lector acepta el reto, adhiere al contrato con la esperanza de ser recompensado afectivamente, de obtener placer en la lectura. La literatura es un contrato, pero es un contrato donde quien marca las reglas es el escritor. Al lector sólo le queda margen para la interpretación. El escritor decide qué va primero y qué sigue, dónde aparece el protagonista y dónde muere y esta condición viene impuesta por el carácter lineal del texto impreso. Las fórmulas experimentales intentaron romper con esa linealidad, pero el soporte libro siempre constituyó un límite.

En *Rayuela*, Cortázar proponía un tablero de dirección para que el lector escogiera lecturas alternativas a la lineal. El número de lecturas posible es casi infinito, pero siempre se escoge de un número finito de capítulos y la novela reconoce sus fronteras en el texto mismo.

Otro ejemplo donde se reformula la condición del lector, es en un libro de sonetos de Raymond Queneau². Su presentación gráfica muestra cada verso recortado en la página de manera que el lector puede combinarlo con otros de los siguientes poemas hasta alcanzar un número millonario de posibilidades diferentes. Esta modalidad de permutaciones había sido ensayada, entre otros, para citar a un paisano, por Francisco Acuña de Figueroa con más de cien años de anticipación. "La salve multiforme" de su libro *Mosaico poético* (1857), presentaba una serie de 1144 fragmentos que se relacionaban entre sí obteniendo una suma millonaria de combinaciones. A diferencia de las de Queneau, los versos no estaban troquelados en la página y el lector debía realizar las combinaciones sin ayuda.

Toda esta parafernalia fue descalificada por la crítica como juegos triviales sin valor literario. Pero en su tiempo y contra la tradición se proponían revalorizar la función del lector y cuestionar la idea de obra acabada.

Los actuales y futuros soportes de edición digital, reservan para el lector un papel más activo, no sólo en la permutación y selección de fragmentos que constituyen la obra, sino también en la elaboración o modificación del texto. La lectura va adquiriendo otro sentido, diferente al que en el relato tradicional define el autor y el soporte material que es el libro.

Las ventajas materiales del soporte electrónico de textos, son notorias para el caso de las novelas o poemas permutacionales como los señalados, pero su potencial trasciende el juego y propone nuevas reglas para la relación entre los actores de la "comunicación literaria", aumentando la participación del lector, convirtiéndose también en co-productor del texto. Esta transformación en una nueva forma de leer, exige a su vez, una nueva forma de escribir.

La edición digital de literatura enfrenta, todavía, algunas resistencias; por un lado de la industria editorial, pero también porque la materialización de las obras a través de ordenador está sujeta a la incomodidad para la lectura en pantalla. La lectura frente a un ordenador, sentado en una silla que fue diseñada para teclear genera deserciones y ha promovido interesados en nuevos diseños de sillas que hagan de la lectura en pantalla un acto menos agotador. A este hecho, negativo para los defensores de la cultura digital, se suma otro, relacionado con la ceremonia de la lectura que trasciende el lugar y su comodidad y se acerca al fetichismo y a la mística de la posesión. El objeto libro como artículo de consumo con una textura y un diseño cuidados para aumentar la empatía con el poseedor/lector.

El profesor británico George Steiner ha profetizado la muerte del libro; contra sus declaraciones alzó la voz Mario Vargas Llosa, reclamando una "fraternidad futura de catecúmenos del libro". Cualquiera sea el fin de esta polémica, su resultado no lesionará la vitalidad de la literatura, acaso lo haga -si se cumplen los sueños de Negroponte³- con su soporte, el libro. Mientras las huestes se pelean, se impone debatir sin fundamentalismos sobre la transformación de la literatura -a través de la exigencia de nuevas estrategias textuales- por el desarrollo de las nuevas tecnologías.

□

¿Nuevo soporte para la literatura?

¿Cómo puede la Internet estar relacionada con la literatura? ¿No implica la primera la muerte de la segunda? se pregunta Enric Bou de la Brown University (Providence, Rhode Island). Diversas voces se han alzado defendiendo sus posturas. Nicholas Negroponte, director del MIT explicaba su intención de escribir un libro sobre las diferencias generacionales que determinan el acceso a las nuevas tecnologías, por sobre las raciales, sociales o económicas. Pero se corrigió, no quería escribir un libro: "escribir un libro ahora es algo estúpido, sobre todo para alguien que como yo cree que no van a durar mucho tiempo". Umberto Eco, por su parte abrió el XXV Congreso de la Unión Internacional de Editores (1996) en Barcelona, señalando que el libro nunca morirá gracias a su ubicuidad y que por ello era irremplazable por el CD-ROM. Bou, en su artículo "A la búsqueda del aura. Literatura en Internet", considera la afirmación de Eco "falaz" y agrega que "está perdiendo el contacto con el mundo real". Cada vez -sigue- tenemos más pruebas de que están a punto de superarse los últimos obstáculos que separan al ordenador personal de la total ubicuidad del libro. Eco había destacado la necesidad de potenciar los dos medios de edición (el impreso y el digital o electrónico) considerando que tienen utilidades determinadas. El libro albergará la literatura creativa y el ensayo, mientras que la edición electrónica se usará para las obras de referencia. Pero a la velocidad con la que se producen los cambios -continúa Bou- esta opinión puede quedar obsoleta en pocos meses. El CD-ROM que parecía hace tan sólo un año como la tecnología del futuro, quedará relegada en poco tiempo a la categoría de dinosaurio de la informática en cuanto se superen los últimos escollos para una difusión rápida y rentable, desde un punto de vista económico, de aplicaciones multimedia a través de Internet. Todo ello quiere decir que nos encontramos en un momento de cambios rápidos y decisivos. Es muy difícil profetizar lo que pasará en el futuro y apenas podemos hablar con un poco de rigor de lo que sucede en el presente.

□

El precio de ser un "*ciberlector*"

Las resistencias a la cibercultura son múltiples, pero el factor económico es considerado uno de los más importantes. Por un lado, la velocidad con que las nuevas versiones de software y hardware inundan el mercado, exige una constante actualización y, aunque esto está muy vinculado al interés de los fabricantes, termina siendo un requerimiento para acceder a los nuevos productos.

Pero, fuera de este aspecto, más relacionado con la sociedad de consumo que con la prestación de un servicio, el balance de costos frente a los tradicionales medios de difusión cultural, inclinan la balanza hacia la cultura de los ordenadores.

Un lector regular que adquiere libros y periódicos con frecuencia gasta más dinero que el usuario de Internet y, si además posee algunos manuales de referencia (enciclopedias, diccionarios, etc.) la erogación inicial de compra del equipo estaría saldada en un breve plazo. Se podrá argumentar que el uso de bibliotecas y el préstamo de libros y periódicos no requiere dinero; pero este argumento plantea, más que nada, la necesidad de intervención del Estado en la instalación de equipos disponibles para el uso público (propuesta descabellada para un país como el Uruguay que ha recortado hasta el abandono la asistencia a la Biblioteca Nacional), como garantía de libertad en el acceso a la información.

Leer una novela en la pantalla puede resultar un tanto incómodo, pero la lectura de periódicos y revistas (muy abundantes en Internet) es un acto común y la única posibilidad para el usuario de acceder a centenares de publicaciones que ni siquiera llegan al país: a través de la página Web de la Red Mundo Latino (www.mundolatino.org/prensa/), para citar un ejemplo, se puede acceder a la edición digital de 854 medios en español y 342 en otros idiomas, entre prensa escrita, televisión y radio. Números que hablan de libertad, y esta no tiene precio.

□

¹ Compact Disk/ Read Only Memory. Su capacidad de almacenamiento textual es de aproximadamente 500 libros de 1000 páginas. Las archivos de imágenes (fotos y videos) y los archivos de sonido ocupan mayor espacio que los textos.

² *Cent mille milliards de poèmes*. Queneau integraba en el París de los años 60, junto a Georges Perec e Italo Calvino un taller de escritura llamado OULIPO (Ouvrir de Littérature Potentielle) donde experimentaban modelos de literatura interactiva a través de la formulación de algoritmos cuya secuencia era completada con entidades textuales.

³En el laboratorio de medios de comunicación del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusets) sueñan con crear el papel electrónico: hecho con pulpa, que tenga capas de transmisión transparentes, de modo que pueda convertirse en una pantalla de ordenador. Se podrá escribir sobre él, y el tipo de letra será mayor o menor según la edad (y la vista) del lector. Se traducirá automáticamente a la lengua escogida y conectado a una red podrá pasar información escrita en él a otro libro-ordenador o se podrá copiar en éste cualquier otro libro existente. Naturalmente esto es un sueño en la mente de Nicholas Negroponte (director y fundador del MIT). Pero si un día llega a ser realidad cambiarán mucho las percepciones del sector crítico en la guerra por el libro y la literatura digital. Enric Bou "A la búsqueda del aura. Literatura en Internet".